

“Excluido de una historia familiar, excluido de una Historia nacional”. Revisión de la identidad colectiva en la narrativa argentina contemporánea.

Klaus Schirmer.

Cita:

Klaus Schirmer (2004). *“Excluido de una historia familiar, excluido de una Historia nacional”. Revisión de la identidad colectiva en la narrativa argentina contemporánea. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/286>

Expositor: Klaus Schirmer

Instituto de Romanística

Universidad Humboldt, Berlín

e-mail: klausnicolasschirmer@yahoo.com.ar

Título: “Excluido de una historia familiar, excluido de una Historia nacional”. Revisión de la identidad colectiva en la narrativa argentina contemporánea

Resumen:

Esta ponencia pretende mostrar el estrecho enlace existente entre la narrativa argentina más reciente y su compromiso con la historia nacional, concretamente con la experiencia de la última dictadura militar. La transición hacia la democracia, con sus presuntos hitos del *Nunca más* y el Juicio a las Juntas, formó una identidad colectiva que clausuró el pasado en la medida en que estableció un relato bien oportuno para una sociedad complaciente.

La narrativa plantea desde la ficción una revisión del mito fundacional de la democracia y revisa la historia a partir de la perspectiva de los derrotados. Algunas novelas recientes dibujan un panorama en el que no aparecen en primer plano las víctimas y victimarios del “Proceso”, sino que se pregunta por los elementos constituyentes de la pos-dictadura y sus relatos. Desde la ficción, el presente no se diferencia del pasado traumático. En el auge mundial de los estudios y eventos en torno a la “memoria”, en la Argentina se dejan observar los vaivenes y trastornos que producen las luchas por la identidad en un contexto local marcado por el paradigma global de la memoria.

“En el caso de la suerte más pequeña o más grande, siempre se trata de lo mismo cuando la suerte se convierte en suerte: poder

olvidar, o para decirlo en forma más erudita, la capacidad, mientras la suerte sigue, de sentir ahistóricamente. Quien no logra instalarse en el umbral del momento olvidando todo el pasado, quien no sabe pararse en un lugar fijo sin vértigo ni temor como una diosa triunfante, nunca sabrá en qué consiste la suerte...”

Friedrich Nietzsche, *Consideraciones intempestivas*, II:
“De la utilidad y los inconvenientes de los estudios
históricos para la vida”

Un rasgo que describe el auge mundial de la memoria como problema –o al menos como tema- se expresa en la yuxtaposición de una memoria local con el paradigma global. El diario *Página/12*, por ejemplo, que suele tratar con solemnidad la cuestión de la memoria desde sus inicios, publicó el 5 de agosto de 2004 un artículo denominado “El lector y el supermercado”. Leonardo Moledo, el autor, hechiza a sus lectores con una metamorfosis carnavalesca o tal vez con una reencarnación del mal en las tierras de ultramar: Una analfabeta guardaespaldas del campo de concentración nazi que sale del libro ficcional *El lector* de Bernhard Schlink, reaparece en el incendio del supermercado en Asunción, en el cual los dueños supuestamente ordenaron a los guardias de seguridad cerrar las puertas. Termina el artículo, que en su gran parte consiste en un largo extracto de este libro, con las afirmaciones de la vigilante alemana nazi:

“¡Es que no podíamos dejarlas escapar así, por las buenas! Era nuestra responsabilidad... Quiero decir que, si no, ¿para qué habíamos

estado vigilándolas hasta entonces, en el campo, y durante el viaje?”

„Para eso estábamos allí, para vigilar que no se escapasen.” (fin de cita del libro de Schlink)

“O que nadie se fuera sin pagar.” (fin de cita del artículo de Moledo)

Un ejemplo de tantos para recurrir a la puesta en escena de una memoria *glocal* cuyas derivaciones pueden llegar hasta “Asunción fue posible porque sucedió Auschwitz”. O “hoy Asunción es nuestro Auschwitz”, o la ESMA es el “Auschwitz argentino”, como dijo Eduardo Luis Duhalde, el Secretario de Derechos Humanos. Falta poco para que se edite una compilación intitulada “El Apache y el Holocausto. Consideraciones posmodernas en torno a dos conceptos de la esfera pública.”

Analogías que reconfiguran el mal absoluto y muestran en parte también el estado de la banalización y cotidianización del discurso paradigmático. La fuerte recepción de la Shoá, la permanente referencia a la memoria y la inserción de su lenguaje en el discurso local argentino sobre los crímenes del terrorismo de Estado no queda reducida a artículos periodísticos, a tratados académicos, sino que aparecen también en los testimonios de sobrevivientes como elemento de descripción de su experiencia en los centros de detención (Calveiro 2001).

“El Holocausto devenido tropos universal es el requisito previo para descentrarlo y utilizarlo como un poderoso prisma a través del cual podemos percibir otros genocidios. Las dimensiones global y local de la memoria del Holocausto han ingresado en nuevas constelaciones que claman por un análisis pormenorizado, caso por caso. Mientras la comparación con el Holocausto puede activar en términos retóricos determinados discursos sobre la memoria traumática, también puede

servir como recuerdo encubridor, o bien bloquear simplemente la reflexión sobre historias locales específicas” (Huysseu 2002: 18).

El auge de la memoria que vivimos las últimas dos décadas involucra también los giros dentro de las maquinarias de la memoria que no quedan reducidos al país de los perpetradores. Noruega por ejemplo, modelo de un Estado y una sociedad liberales por antonomasia, progresistas en cuestiones de derechos humanos, empieza a recordar a 50 años del fin de la Segunda Guerra Mundial que murieron más noruegos en las filas de la división SS *Wiking* que durante los cuatro años de resistencia contra la ocupación nazi. Su identidad de posguerra se fundó exclusivamente en aparecer como víctima del Tercer *Reich* y en los recuerdos de la resistencia contra la ocupación. La memoria colectiva nacional se debe revisar frente a los mitos fundadores en los que consistía el gran relato transgeneracional.

Inscribir este auto-descubrimiento en el *globalplayer* de los *cultural studies*, la caducada contraseña “memoria”, puede resultar insuficiente e insatisfactorio. Menos que recordar algo olvidado u ocultado se trata de corregir y revisar el mito fundacional de la pos-guerra con el que sociedades europeas fundaron su identidad nacional como víctima frente a un mal absoluto. Si se trata de la revisión de una historia autocomplaciente, ¿qué se pretende recordar a partir de la pérdida de inocencia como víctima? La chocante transformación de una identidad nacional refleja una parte de un giro dentro del fenómeno de la globalización de la memoria.

El proceso de elaboración del pasado con el fin de superarlo e integrar así este pasado doloroso y traumático en la identidad colectiva adquirió en Alemania su propio significado con el término “Vergangenheitsbewältigung”, que en su mera traducción “superación del pasado” resulta insuficiente. Las connotaciones implican

trauma, culpa, transmisión, trabajo de rememoración, represión hasta la ansiedad apremiante de cerrar y dejar atrás para siempre este “capítulo histórico”.

Entre cierta necesidad de olvidar, planteada por Nietzsche acerca del exceso de una historia poco útil y vital, y los rigores de la memoria, cabe preguntarse si la propuesta de una antinomia entre memoria y olvido es realmente adecuada para una reconstitución ilustrada de la identidad colectiva.

Frente a los abusos, manipulaciones, y el carácter selectivo de los recuerdos (Ricoeur 1999: 39) pensar la “memoria” desde la pérdida, desde lo irreversible e irremediablemente perdido, introduce la categoría del duelo. Para Freud, éste es “la reacción ante la pérdida de alguien querido o de una abstracción convertida en el sustituto de esa persona, como la patria, la libertad, un ideal, etc.” (Freud 1997: 197). Hacer memoria responde a un proceso de trabajo de rememoración. Frente al estado traumático de la memoria que muchos pueblos hoy en día experimentan (Ricoeur 1999: 33), la apelación al duelo o la ausencia del mismo en las manifestaciones conmemorativas enuncia la reescritura sucesiva del pasado con respecto a la identidad colectiva. Paul Ricoeur sintetiza que “el trabajo de duelo es el precio a pagar por el trabajo del recuerdo, y el trabajo del recuerdo es el beneficio del trabajo del duelo” (Ricoeur 1999: 36). Insertar el duelo en el trabajo de la rememoración puede restringir el exceso de la memoria, reconsiderar el olvido nietzscheano como fuerza determinante para escribir una historia útil y vital.

El acto fundacional de la democracia argentina es, sin duda, el Juicio a las Juntas. Un hito en el enfrentamiento de la nación con su propio pasado reciente. Veloz, tajante, incondicional. Pero inconcluso. Se enfrentan los sobrevivientes, las víctimas con los perpetradores, representados por las Juntas Militares. Ante el juicio y el “show del horror” evocado por los medios de comunicación, la sociedad queda al margen, como espectador. En la construcción y denominación del mal absoluto

(“fueron ellos”) se manifiesta la inocencia y la absolución de la sociedad como también su no-participación en el acto fundacional de la democracia.¹ Como consecuencia, se libera de la responsabilidad tanto hacia el pasado reciente como hacia el proyecto democrático futuro. Las políticas siguientes de amnistía y amnesia social son, por lo tanto, la expresión contundente y continua en la construcción de un pasado que quedó resuelto con la lucha entre “dos bandos” y su enfrentamiento final en un gran juicio.

Frente a la ausencia de políticas estatales de memoria, frente a la amnesia, frente a los años 90, que figuran en parte como la época de referencia, frente a los mitos fundacionales de la democracia posdictatorial, frente a la leyenda de una transición que causa malestar, las narrativas de Garmy y Gusmán empiezan a insertarse en los procesos corrientes de hacer memoria. ¿Qué capítulo de la “Vergangenheitsbewältigung” aporta la ficción?

La ficción retoma tanto el hilo de la amnistía² y la amnesia como la construcción inaugural de la polarización de dos bandos para verificar, rescribir y revisar este relato sobre el pasado desde la experiencia del presente. Plantea la compleja pregunta por el rol de la sociedad civil en la dictadura. El malestar con las prácticas del olvido parte del presente, y ahí se vislumbran los años 90 como referencia más próxima.

Las novelas renuncian a la construcción del mal absoluto, mientras integran el actor ausente en el acto fundacional del relato de la transición: La sociedad. El *demos* no aparece ni en el Juicio a las Juntas ni en el *Nunca más*. De ahí viene la

¹ “Como consecuencia directa de los juicios, el reproche formal absolvió a muchos civiles que habían apoyado a la dictadura militar, haciéndoles creer que ellos no estaban entre los culpables sino entre los acusadores. Por estar basados en la lógica bipolar de la justicia penal –“culpable” o “inocente”–, los juicios contribuyeron a la convicción ampliamente compartida de que los que no eran acusados ante los tribunales eran “inocentes” (Goti 2000: 195). Jaime Malamud Goti fue uno de los asesores presidenciales de Raúl Alfonsín que proyectaron y organizaron los Juicios a las Juntas Militares.

² Se refiere a las Leyes de Punto Final, la Obediencia Debida y el Indulto. Además hay que tener en cuenta las confesiones de represores como el caso del capitán Scilingo o la “autocrítica” del General Balza, ambos en 1995.

vuelta al microcosmos, al lugar donde no hay anonimato: El pueblo, el territorio de la micro-historia, el lugar metonímico por excelencia, figura como laboratorio para la cuestión de la Memoria. Los actores adquieren el carácter de arquetipos que representan las categorías socio-psicológicas que están en juego.

En las novelas *El secreto y las voces* y *Ni muerto has perdido tu nombre*, los protagonistas que investigan construyen su relato frente a la ausencia de una política estatal de memoria, frente a la ausencia de un “gran relato” transmitido. Hacer memoria en la Argentina posdictatorial es un asunto privado, familiar, del que se encargan organizaciones no-gubernamentales. Fefe, en *El secreto y las voces*, no es un periodista independiente, un ciudadano curioso, sino hijo de un desaparecido. Hacer memoria no es un asunto del Estado ni de una esfera pública que hace de su pasado una reflexión común que integra el duelo como elemento constituyente en la formación de la identidad colectiva nacional.

La transición argentina fue llevada adelante, en gran parte, por los reclamos del movimiento de Derechos Humanos. La “recreación de un espacio público” ligado a los elementos básicos de un estado de derecho, el orden jurídico, el sujeto de derechos, la vida como valor supremo. Las denominaciones que fueron atribuidas a los organismos de Derechos Humanos como “fuerza cultural” o “testigo del pasado” demuestran más que un gran rol simbólico. En las manos de dicho movimiento, se instauró la demanda por la justicia en el acto inaugural de la democracia que desembarcó en el Juicio a las Juntas (González Bombal 1995: 200-203).

Ante la ausencia de una macro-historia, el personaje de Fefe se propone diseñar una micro-historia. La figura retórica de la metonimia busca en la ficción las analogías que la política y sociedad de los 90 negaron. El recorrido tanto por Malihuel como por Tala desemboca en una especie de proceso a los ausentes en el Juicio a las Juntas en 1985. Mientras en esa instancia la “reconstitución de un sujeto

de derecho en la cultura política” (González Bombal: 1995: 208) implicó la reconfiguración de un orden político junto al poder jurídico y el estado de derecho que valora el testimonio de las víctimas como verídica prueba jurídica, juzgando a base de estos relatos desde un mundo fuera de la ley a los victimarios (González Bombal 1995: 209-216), el escenario de Malihuel careció de un juicio en la transición de la dictadura a la democracia. En esta sociedad posdictatorial no quedan ni víctimas que puedan dar testimonio ni victimarios que puedan ser procesados. Restan los testigos, la constante que sobrevivió a las presuntas transformaciones políticas.

Recurrir a los testigos, que asistieron a la llamada transición en gran parte como meros espectadores tan afectados por las revelaciones íntimas en el *Nunca más* como atrapados por el “show del horror”, se constituye en *El secreto y las voces* como un juicio a la sociedad del presente. ¿Cuáles son entonces los puntos de acusación?

Un personaje del pueblo insiste en: “No lo estoy justificando, sólo explico las circunstancias, porque desde afuera, y a veinte años de distancia, resulta fácil juzgar, pero había que estar acá para entender” (p. 45). A medida que Fefe, el hijo del desaparecido, reúne los recuerdos personales de los habitantes sobre el crimen cometido durante la dictadura, se manifiesta el estado de la memoria colectiva y aun más contundentemente el estado, o la más franca ausencia, de culpabilidad en el presente frente a la responsabilidad social anterior. Las consideraciones evocadas con respecto a una culpabilidad metafísica³ en el presente superan el grado de una responsabilidad fáctica en el pasado. La estructura narrativa de esta novela plantea la continuidad entre el hecho del pasado y la ideología actual. En la medida en que

³ Jaspers, Karl: *Die Schuldfrage. Zur politischen Haftung Deutschlands*, München, Piper, 1987, p.17. La primera edición de esa investigación de términos de culpabilidad con respecto al individuo y al colectivo alemán por los crímenes nazis data de 1946 (!).

las voces concretizan el hecho, tanto aclaran su rol histórico como rastrean entre diferentes grados de culpabilidad. Juzgar desde afuera se vuelve posible a base de un juicio del presente, de su conciencia y su lenguaje.

¿Cómo hablar de la dictadura en el presente y desde el presente? ¡Dejar que hable el presente! La trama de la novela, con sus recursos de oralidad e indagación periodística –parece que Fefe lleva un grabador, el aparato perfecto para una mnemotécnica total-, subraya el interés de enfocarse en el lenguaje como prueba tajante para dibujar un retrato agudo del *statu quo* de la cultura a 20 años de la dictadura. En esta constelación del paso del consentimiento en el pasado al estado de conciencia actual se reproduce la identidad colectiva y su memoria.

La trama de la novela, el recorrido por las voces, la grabación de testimonios de testigos-cómplices implica un juicio, menos sobre el comportamiento en el pasado -no se trata de un anexo al Juicio de 1985- que un juicio del presente, de su lenguaje, su conciencia de culpa, su historiografía y sus monumentos. “Historia es lo que nos sobra. ‘El pueblo dos veces centenario’, como dice la canción” (Gamerro 2002: 15). Fefe, en cambio, insiste en una revisión personal para rescribir su relato fundador. “En mi historia, el pueblo se va a llamar Malihuel” (16), aunque aclara que se trata de “una obra de ficción, no, no un documento. O sea, el pueblo de mi historia tendrá mucho en común con éste” (15). Son la inundación y la estatua soldada del comandante que representan como monumentos mutilados el estado del pasado en el presente.

“No me apena que hayan soldado la estatua del comandante. Así como está ahora, nos representa mucho mejor que antes. Lo que en una época supo ser auténtica fiesta popular se había vuelto hacia ya demasiado una ceremonia hueca, una exhibición autocomplaciente de

la falsa nostalgia de chacareros y tenderos por un pasado rebelde que nunca fue suyo (228).”

El subdiscurso histórico dentro de la novela socava a los derrotados, los vencidos, para preguntarse sobre la consistencia de la Historia nacional: Llegó el tiempo de escribir la historia de los asesinados, desaparecidos, vencidos. Pensar la historia desde sus víctimas. ¿Qué historia contar? ¿Qué recordar, qué transmitir? ¿Qué nos representa?

Una laguna y una cantera condenan el presente de los pueblos Malihuel y Tala. Hunden, cubren, asfixian. Son lugares que ejercen una extraña fuerza sobre el *statu quo* de los pueblos. Lugares de la anti-memoria, lugares de las no-tumbas. La topografía exige una revisión de la historia y ofrece al mismo tiempo una radiografía de una identidad mutilada. “Algo huele mal en Malihuel.” “Vos viste lo que fue la inundación, ni la iglesia se salvó. Dicen que fueron las lluvias, las rutas, el declive. Pero yo sé, y no soy la única que sabe, que la laguna nos vomitó el muerto que le tiramos” (Gamerro 2002: 205).

“La cantera irrumpe como si fuese ajena al paisaje y de pronto se abre como una herida en la tierra (Gusmán 2002: 73). En *Ni muerto has perdido tu nombre*, de Luis Gusmán, se cruzan las vidas de tres personas ejemplares de la sociedad postdictatorial. Fernando, un joven huérfano en búsqueda de esa identidad que le niegan sus abuelos. Ana, una ex-militante cuyo marido está desaparecido, se ve confrontada con la posibilidad de que éste aún esté con vida. En tanto sobreviviente ansiosa por olvidar, esto, más que esperanza, le causa miedo, el cual se revela como un profundo sentimiento de culpabilidad que integra traición, olvido y silencio. La información le llega como extorsión por parte de Vareлита, un ex-torturador que ha logrado conservar su oficio en democracia: “Para mí no ha cambiado nada”, le dice

en un momento (Gusmán 2002: 131). Es la tercera persona importante en esa encrucijada de la Argentina contemporánea y los años de la dictadura. Los carriles del pasado que guían las condiciones del presente llevan la imborrable marca de continuidad represiva, el silencio social y la impunidad estatal que se tropiezan con la incesante búsqueda de la identidad robada. Los caminos de los tres se cruzan en un pueblo que se llama “Tala”, en cuya cantera Vareleta asesinó a los padres de Federico y su colega del tiempo de la dictadura, Varela, se apoderó de la chacra de éstos. El viento que llega de la cantera trae el polvo que impregna la vida del pueblo. La existencia de la gente está marcada por ese polvo. En sus suelas, lo llevan hasta el silencio acogedor de su hogar. Todos lo tienen. Se protegen con pañuelos que hacen que sus rostros parezcan máscaras. Saben arreglárselas contra las incomodidades del pasado. Aunque la cantera dejó de funcionar ya hace muchos años, el polvo no cesa de cubrir a los paisanos. “Parece que todos los caminos de Tala llevan al mismo lugar”, se asombra Ana Botero cuando se pierde en su auto (p. 137). La cantera es la tumba para los desaparecidos. Su ceniza, provocada por la explosión de aquel entonces, se ha convertido en polvo espeso, dejando vidas taladas en el lugar del crimen y las huellas en el pueblo silenciado. La gente, sin embargo, asume el polvo de hoy como el crimen de la cantera hace 20 años. Las partículas permeables se imponen a cualquier barrera. Penetran, traspasan, se apoderan de cualquier lugar; no hay forma de impedir que entren. El pueblo elige la máscara en vez de la recuperación y la reconstrucción del recuerdo. Están unidos por el silencio y la negación. Su identidad es la cara blanca, imagen para un olvido común, compartido y reforzado por una respiración mutilada. El polvo señala las huellas del pasado, un crimen del que todos sabían. “Como si todos viniesen de la cantera y el pueblo entero arrastrara en sus zapatos ese polvo espeso, semejante ceniza húmeda” (p. 109).

Donde no hay justicia, donde la impunidad estatal rige y deja que los perpetradores del pasado ejerzan su oficio en el presente, donde la falta de justicia es la cuna del crimen, el escenario se vuelve grotesco con el asesinato entre los perpetradores del pasado y muestra la existencia de arbitrariedad, casi de una sociedad paralela, con sus propias leyes. En Tala la impunidad del pasado se resuelve en el asesino criminal, o sea, la falta de justicia constitucional, la posibilidad de que los perpetradores del pasado siguen ejerciendo su oficio con toda franqueza bajo un nuevo orden político, encuentra su respuesta en el sistema mismo del orden corrompido. La implosión del orden, el carácter demente y criminal, los instintos primitivos que forzó un sistema de robo, botín de guerra, avaricia, corrupción, enriquecimiento. ¿Los vecinos de Tala amparan la impunidad? Conviven con los victimarios, están al tanto de los que disfrutaban el botín de guerra. La narrativa suministra lo que la política y la sociedad ni se plantean: una respuesta a la impunidad: El asesinato mutuo entre los perpetradores del pasado. La continuidad entre pasado y presente es palpable. El análisis del presente pone a la luz que no se ha cambiado nada acerca de un pasado política y socialmente clausurado a través del consenso hacia el bienestar amnésico y las promesas del futuro.

Los pueblos, al mismo tiempo, constituyen el lugar de infancia y nacimiento para los hijos Fefe en *El secreto y las voces* y Federico de *Ni muerto has perdido tu nombre*. Vuelven para buscar lo que les fue negado. El relato. Para construir este relato hace falta volver al lugar, su origen y mancha negra para volver a empezar a contar y dejarse contar. Donde no hay transmisión, el afectado teje su relato frente a la ausencia corporal y la falta de una política de memoria.

“Algún día va a llegar Ana Botero y te va a contar qué pasó” (Gusmán 2002: 29), es el refrán de la infancia de Federico. La transmisión de los abuelos consiste en el mero ritual de encender velas en memoria de sus padres. De sus padres sabe

la no-existencia, una sola foto que guarda un momento descontextualizado. Su infancia consiste en una permanente negación de transmisión, está “excluida de una historia familiar, excluida de una Historia nacional” (Hassoun 1994: 47). La muerte de la abuela testigo libera a Federico para buscar su identidad. “Al fin, Federico comprendió que no había hecho otra cosa en su vida que esperar la visita de Ana Botero” (Gusmán 2002: 27). Con la muerte se ha terminado el ciclo de represión y negación, para Federico llegó la hora de buscar su relato y dejar atrás el humo blanco de las velas coloreadas.⁴ Frente a la ausencia de un relato, la ausencia de una transmisión para ellos que quedaron sin historia, sin identidad, se contrapone la micro-historia de los vencidos a la macro-historia aniquilada.

“El dolor del recuerdo en la memoria cultural está extinguido.” Así define el teólogo Johann Baptist Metz (2001: 8) la amnesia cultural en su ensayo „Zwischen Erinnern und Vergessen. Auschwitz im Zeitalter der kulturellen Amnesie“. Para retener la memoria Metz propone „apuntalar nuestro saber consciente mediante una ,cultura anamnética“ (Metz 1996: 34). Un recuerdo del sufrimiento, una forma de mantener el dolor del recuerdo en la cultura, que en cuanto a la narración significa:

“una coalición entre los que viven actualmente y los que ya han muerto, los olvidados, sacrificados, vencidos. Sus visiones y su sabiduría

⁴ “...si la transmisión es un acto fundante del sujeto, incluso el acto por excelencia que nos sitúa en el movimiento de continuidad y discontinuidad que funda la genealogía, entonces podemos afirmar que aquello que se transmite es del orden de una creación, en el mismo sentido que la escritura de un texto para aquel que se constituye en su depositario. Porque si la repetición inerte implica con frecuencia una *narración sin ficción*, la transmisión reintroduce la ficción y permite que cada uno, en cada generación, partiendo del texto inaugural, se autorice a introducir las variaciones que le permitirán reconocer en lo que ha recibido como herencia, no un depósito sagrado e inalienable, sino una melodía que le es propia. Apropiarse de una narración para hacer de ella un nuevo relato, es tal vez el recorrido que todos estamos convocados a efectuar” (Hassoun 1994: 177). En este sentido vale la pena observar el film “Los rubios” (2003) de Albertina Carri. La cuestión de la transmisión vuelve palpante en la medida que el personaje, la hija de desaparecidos, empeña una nueva búsqueda de la historia contada. Desconfía y rechaza los testimonios de los compañeros militantes de sus padres – visualizado a través de la configuración de vídeo que apaga y enciende según ganas - para indagar de nuevo la historia ausente integrando un nuevo actor testigo: El vecino. Los años 70 resultan vacíos, el lenguaje pasado, los militantes de sus padres reducidos a la pantalla, grabados, en sonido bajo, transmitido nítidamente, lejos, casi como residuos de escaso valor para su camino emprendido por la búsqueda de identidad y relato. El que supera aparentemente los tiempos es el vecino, testigo cuyo discurso guarda en su verosimilitud y lenguaje la continuidad

forman parte del acervo de la humanidad. Y ese acervo no se consigue nunca únicamente a través de la reconstrucción histórica. Eso sólo es posible narrando en contra del tiempo, y por eso hay que intentar contar, contar una y otra vez” (Metz 1996: 47).

La narrativa argentina contemporánea se hace cargo de revisar la identidad colectiva en torno a la memoria de la post-dictadura y la reescritura de una historia de las víctimas que integra a los hijos de las víctimas y los cómplices. Se recuperan relatos individuales mientras Malihuel y Tala siguen pueblos sin duelo. Tumbas sin piedras para los hijos de los muertos. Lugares del presente, imágenes de indiferencia y negación para los que están condenados a buscar su identidad. El mapa argentino trazado por la narrativa contemporánea dibuja lugares hundidos, cubiertos de polvo. Paisajes heridos. Monumentos derrocados. Un informe desde las catacumbas de podredumbre. Una topografía del malestar en la cultura.

Bibliografía

Gamerro, Carlos (2002): *El secreto y las voces*. Buenos Aires, Norma.

Gusmán, Luis (2002): *Ni muerto has perdido tu nombre*. Buenos Aires, Sudamericana.

Adorno, Theodor W. (1959): “Was bedeutet: Aufarbeitung der Vergangenheit” en Theodor W. Adorno (1977), *Gesammelte Schriften 10/2*. Kulturkritik und Gesellschaft II, Eingriffe. Stichworte. Hrsg. von Rolf Tiedemann, Frankfurt/M., Suhrkamp.

postdictatorial. Entra en el “archivo”, habla en directo e integra la parte “documental” mientras el ex -militante aparece ficcionalizada, mediatizada, en gran distancia.

Améry, Jean (1977): *Jenseits von Schuld und Sühne. Bewältigungsversuche eines Überwältigten*. Stuttgart, Klett Cotta.

Bergero, Adriana J. y Reati, Fernando (1997): *Memoria colectiva y políticas del olvido. Argentina y Uruguay, 1970-1990*. Rosario, Beatriz Viterbo Editora.

Bombal, Inés González: "Nunca Más. El Juicio más allá de los estrados, en AAVV, *Juicio, castigos y memorias. Derechos humanos en la política argentina*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1995, pp. 193-216.

Freud, Sigmund: *Trauer und Melancholie*. In: *Psychologie des Unbewussten*, Studienausgabe Bd. III, Frankfurt/ M. 1997, S. Fischer, p. 197.

Calveiro, Pilar (2001): *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires, Colihue.

Goti, Jaime Malamud (2000): *Terror y justicia en la Argentina. Responsabilidad y democracia después de los juicios al terrorismo de estado*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

Guelerman, Sergio J. (comp.) (2001): *Memorias en presente. Identidad y transmisión en la Argentina posgenocidio*. Buenos Aires, Norma.

Huyssen, Andreas (2002): *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México, Fondo de cultura económica.

Jaspers, Karl (1987): *Die Schuldfrage. Zur politischen Haftung Deutschlands*, München, Piper.

Levi, Primo (2000): *Si esto es un hombre*. Barcelona, Muchnik.

Metz, Johann Baptist/ Wiesel, Elie (1996): *Esperar a pesar de todo*. Madrid, Trotta.

Metz, Johann Baptist (2001): *Zwischen Erinnern und Vergessen. Auschwitz im Zeitalter der kulturellen Amnesie*. Luzern, Romero Haus.

Mitscherlich, Alexander und Margarete (1983): *Die Unfähigkeit zu trauern. Grundlagen kollektiven Verhaltens*, Gesammelte Schriften ed. por Klaus Menne, Frankfurt/ M., Suhrkamp.

Nunca más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (1985). 5ª edición, Buenos Aires, Eudeba.

Reati, Fernando (1992): *Nombrar lo innombrable. Violencia política y novela argentina: 1975-1985*. Buenos Aires, Legasa.

Ricœur, Paul (1999): *La lectura del tiempo pasado: Memoria y olvido*, Madrid, Arrecife.

Sarlo, Beatriz (1987): "Política, ideología y figuración literaria", en AAVV: *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires, Alianza, pp. 30-59.

Todorov, Tzvetan (1995): *Les abusos de la mémoire*, Paris, Arléa.

Verbitsky, Horacio (1995): *El vuelo*, Buenos Aires, Planeta.